

## **La respuesta cristiana al coronavirus: quédese en casa**

La iglesia, el edificio real que alberga cuerpos y almas negras, se encuentra en el centro de la vida y la cultura negra. Es un hecho oculto a la vista que una de las primeras empresas económicas cooperativas que los antiguos esclavos emprendieron fue la compra y mantenimiento de iglesias. Sin la cooperación de la iglesia, muchos colegios negros, universidades y organizaciones políticas no existirían. Hasta el día de hoy, los cristianos negros estadounidenses asisten a la iglesia a un ritmo más alto que cualquier otro grupo étnico .

No es sorprendente entonces que cuando los terroristas quisieron infundir miedo en los corazones de los creyentes negros, quemaran y atacaran nuestras iglesias. A pesar del trauma, la iglesia ha seguido siendo una fuente de esperanza. Las marchas y sentadas del movimiento de derechos civiles a menudo fueron precedidas por servicios de adoración masiva.

Pero, ¿qué sucede cuando la iglesia es parte del peligro?

Con el nuevo coronavirus extendiéndose rápidamente, esto no es simplemente una pregunta para miembros individuales de la iglesia. La pandemia obliga a la iglesia como institución a considerar su papel durante una época de crisis. Muchas comunidades religiosas están suspendiendo sus operaciones típicas. La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días ha suspendido los servicios en todo el mundo . La Iglesia Católica en Roma cerró sus puertas temporalmente. Gran parte del estado de Washington ha hecho lo mismo. ¿Qué deberíamos pensar sobre esto? ¿Están los cristianos abandonando su responsabilidad hacia los enfermos y sufrientes? Algunos cristianos pueden tener la tentación de mirar hacia atrás en su historia de permanecer físicamente presente en tiempos de angustia. Comenzando alrededor del año 250 DC, AD, una plaga que en su apogeo mataba a 5,000 personas al día devastó el imperio romano. Los cristianos se destacaron en su servicio a los enfermos. Como creían que Dios era soberano sobre la muerte, estaban dispuestos a ministrar a los enfermos incluso a costa de sus vidas. Este testigo ganó muchos para la causa cristiana. ¿Deberíamos seguir su ejemplo y reunirnos para celebrar con palabras y rituales, tanto en el sermón como en el pan y el vino?

Los médicos y las enfermeras de fe pueden aprovechar esta historia hoy para inspirarlos a atender a los enfermos de la pandemia. ¿Qué pasa con el resto de nosotros? Esto sigue siendo cierto en la narrativa siempre cambiante de Covid-19: las formas más efectivas de detener la propagación del virus es mediante el distanciamiento social (evitando grandes reuniones) y una buena higiene personal (lavarse las manos). Los datos sugieren que lo que el mundo necesita ahora no es nuestra presencia física, sino nuestra ausencia.

Esto no parece ser una leyenda. ¿Qué hizo la iglesia en el año de nuestro Señor 2020 cuando la enfermedad arrasó nuestra tierra? Nos reunimos en grupos más pequeños, nos lavamos las manos y rezamos. Por poco glamoroso que sea, puede ser la forma de fidelidad en nuestro tiempo.

Aquí hay una lección para una iglesia disminuida. No es que la iglesia deba desaparecer para siempre, sino que la virtud heroica viene tanto en las pequeñas acciones como en

las grandes. Vivimos en una era de autoafirmación, donde todos gritan: "Presta atención porque soy el único que puede ayudar". Pero parte del mensaje cristiano es que Dios viene a nosotros de maneras que desafían nuestras expectativas. El todopoderoso se vacía de poder para convertirse en un niño. Jesús como rey no conquista a sus enemigos con violencia, los convierte a su causa al enfrentar la violencia con amor sacrificial.

La ausencia de la iglesia, su vaciamiento literal, puede funcionar como un símbolo de su confianza en la capacidad de Dios para encontrarse con nosotros, independientemente de la ubicación. La iglesia sigue siendo la iglesia ya sea reunida o dispersa. También podría recordarnos indirectamente el don de la reunión que con demasiada frecuencia damos por sentado.

Recientemente, llegué a casa de un viaje fuera del estado y mi hijo corrió hacia la puerta para saludarme gritando: "¡Papi, papi!" Saltó a mis brazos y me dio un abrazo con toda la fuerza que su cuerpo de 5 años pudo reunir. La ausencia había hecho que el regreso a casa fuera mucho más dulce. Me recordó que mi vida no estaba ahí afuera hablando con multitudes e intentando impresionar a extraños. Mi vida estaba en casa entre amigos y familiares. No sé cuándo podré tomar el pan y el vino sin dudar con los miembros de mi iglesia, pero cuando lo haga espero que coincida con la alegría de mi hijo .

Mi hija vino a mi oficina casi llorando hoy porque el concierto de piano que había estado preparando durante todo el año había sido cancelado. Para consolarla, le dije que su pequeño sacrificio y muchos otros similares podrían salvar la vida de personas que nunca conocerá. A través de nuestra diligencia, podríamos proporcionar a las parejas mayores más años para disfrutar juntos. Podría significar más Navidades y Acción de Gracias en las que los niños conozcan a sus abuelos y escuchen historias de cómo eran sus padres cuando eran pequeños. Nuestros ajustes ahora permitirán que las personas más jóvenes con enfermedades crónicas tengan la oportunidad de tener una vida plena. Si creemos que toda la vida es sagrada, desde la concepción hasta la muerte, la totalidad de nuestras vidas, incluso los últimos años, es de enorme valor.

Independientemente de nuestras creencias, la única experiencia común a toda la humanidad es que morimos. En eso compartimos un parentesco. Pero los cristianos pueden, a través de sus acciones y su fe, presentar su protesta contra este gran enemigo, no como sacudir el puño al viento, sino como testimonio de la mayor esperanza de la eventual derrota de la muerte misma. Lo que siempre debemos luchar para discernir es la forma adecuada de ese testimonio.

Cuando era más joven, tuve una tía que se quedó con nosotros durante unos días que padecía el VIH. Era solo una niña y la información era confusa y confusa en mi mente en desarrollo. Sí recuerdo vívidamente sentado en nuestra mesa comiendo papas fritas con demasiado salsa de tomate. Ella vino y se sentó a mi lado y me preguntó si podía tomar algo. Tenía miedo. ¿Qué pasaría si ella se cortara el labio y se desangrara con las papas fritas y yo no pudiera decirlo? ¿Se podría propagar a través de la saliva? Estaba aterrorizada, pero amaba a mi tía más de lo que temía su enfermedad. Así que comimos papas fritas juntos y me tragué mi terror. Esa comunión apresurada es mi recuerdo duradero de ella.

Durante la epidemia del SIDA, muchas iglesias mostraron su solidaridad al compartir el pan y el vino con los infectados para demostrar que no había nada que temer. Hoy puede ser que demos nuestra solidaridad al no compartir.

El Evangelio de Juan relata las palabras de Jesús a sus discípulos en el aposento alto antes de su muerte. Durante este discurso final, les dice que es mejor que se vaya para que venga el consolador (el Espíritu Santo). El punto es que la pérdida de su presencia física a través de su muerte, resurrección y ascensión conduciría a una comunión aún más profunda con Dios. Es posible que, curiosamente, la ausencia de la iglesia sea un gran testimonio de la presencia de Dios en el cuidado de nuestros vecinos.

<https://www.nytimes.com/2020/03/14/opinion/coronavirus-church-close.html>

Consultado el 1 de abril de 2020

Esau McCaulley ( [@ esaumccaulley](#) ) es profesor asistente de Nuevo Testamento en Wheaton College y sacerdote en la Iglesia Anglicana en América del Norte, donde se desempeña como director de la Iniciativa de Liderazgo de la Próxima Generación.

*The Times se compromete a publicar [una diversidad de cartas](#) al editor. Nos gustaría saber su opinión sobre este o cualquiera de nuestros artículos. Aquí hay algunos [consejos](#) . Y aquí está nuestro correo electrónico: [letters@nytimes.com](mailto:letters@nytimes.com) .*

*Siga la sección de opinión del New York Times en [Facebook](#) , [Twitter](#) ([@ NYTopinion](#) ) e [Instagram](#) .*